

tar esta materia; pero la maternidad divina, examinada con humildad, da al entendimiento una luz pura y vivificadora, que eleva al hombre á una region donde no se respira otro ambiente que el de los querubines. Es cierto que Dios nos ama á todos con un amor eterno é infinito, porque somos la hechura de sus manos y la imágen de su naturaleza; nos ama como nuestro Padre celestial, y nos saca de la nada para predestinarnos á su conocimiento y á su gracia. Este amor es tan grande en Dios, que Él mismo se gloria de él, diciéndonos que bien podrá olvidarse la madre de su hijo, pero nunca se olvidará Él de nosotros. Ninguna criatura sale de sus manos sin ser objeto de este amor benéfico de la razon eterna, y entre todas las racionales, María es la más aventajada, pues Dios la ve en su divina esencia y la ama como á Hija, como á Madre y como á Esposa.

Pero Dios, que tenía decretada la Encarnacion de su Hijo, habia tambien determinado pasar por todas las fases de la vida humana, empezando á existir en el seno de su Madre, trasladándose á sus brazos, suspendiéndose á su seno, llorando con el frio y el hambre, y creciendo poco á poco, hasta llegar á ser varon perfecto. Y en todo esto no es ménos admirable la tramitacion gradual y paulatina por donde el niño Dios va pasando de la niñez á la puericia, de la puericia á la juventud, y de ésta á la mocedad y edad viril, como el modo que adopta para ir insinuándose en el corazon de su Madre, empezando á amarla como hombre, así como nosotros amamos á las nuestras, sintiendo los favores que recibia de ella, y desarrollándose este amor á medida que los cariños de aquélla se aumentaban. ¿Quién no se eleva hasta el cielo al contemplar tanta humillacion de Dios? Todo es eterno en Jesus, todo es inmenso é infinito, porque es Dios; sin embargo, la sabiduría eterna que hay en Él va desarrollándose por grados, como dice San Ambrosio; parece

que crece y se aumenta á medida que adelanta en edad. *Jesus autem proficiebat sapientia, et etate, et gratia apud Deum et hominem.* El amor que tiene á María es eterno é infinito; pero desde que se hace su hijo, este mismo amor va desarrollándose con suavidad inefable, porque debe á María su existencia temporal, su lactancia, sus cuidados.

En efecto: apénas Jesus abre sus ojos á la luz comun, lo primero que ve es el rostro risueño y amable de su Madre, que le expresa su ternura con ósculos abrasados de amor y de lágrimas de gozo. Si las rígidas brumas invernales le hacen exhalar sollozos, el rostro de la Madre lo abriga, sus lábios lo acarician, sus manos lo cubren, su voz lo consuela, y sus cuidados lo alivian. Así va Jesus percibiendo los efectos de la ternura maternal, segun se prolonga su existencia al lado de María. Si se pierde, María anda desolada tres dias y tres noches hasta que, encontrándole, le da sus quejas amorosas; si los malos lo persiguen, María toma parte en sus adversidades; si, llegado el momento de entregarse á la muerte, María no puede librarlo de ella, va á lo ménos á acompañarlo en su agonía, y á presentarle su corazon, para enseñárselo todo candente en amor, y mitigar la pena que le causan tantas injurias como vomitan contra Él los corazones que le odian.

Contemplad el inmenso volúmen que dos afectos tan dignamente correspondidos debieron tener en el período de treinta y cuatro años. Es verdaderamente incomprendible cómo una mujer, pura criatura, tenga en su corazon tanto amor, que pueda adecuarse á un sér infinito á quien ama como á hijo suyo: no lo es ménos cómo un Dios, cuyo amor á las criaturas no reconoce principio ni progreso por ser perfectísimo, empiece á existir en este mismo Dios, que toma carne humana y tiene un corazon donde latén todos los movimientos de las nobles pasiones

de que ha adornado á la naturaleza racional. María ama al Sér infinito por sus perfecciones, y une á este amor, puramente espiritual, el amor sensible de la maternidad, porque concibe á este Dios, lo engendra y lo educa: Dios ama á María por ser criatura suya; y la ama, porque ve por experiencia propia, cuando es niño, toda su ternura; cuando mancebo, sus desvelos; cuando jóven, su solicitud, y cuando varon paciente, sus penas y dolores. Todo esto, repito, es incomprensible, y nos vemos precisados á exclamar con San Agustín: «¡Oh milagros! ¡Oh prodigios! ¡Oh misterios! ¡Oh union nueva é inaudita! Dios, que siempre fué y es Criador, se hace criatura; el inmenso se limita, el rico se hace pobre, el invisible se deja ver, el impalpable se palpa, y el incomprensible se comprende.» (Sermon 9.º *De Nativitat.*)

Entre tanto, por medio de estas operaciones naturales de los afectos del Hijo y de la Madre, realzados con la presencia de la Divinidad, Dios elevaba los sentimientos del corazon humano á tan alto grado de perfeccion, que no fuera conocido, ni áun de los mismos serafines. Pero ¿quién no entona un himno de gratitud al cielo al ver lo que pasa entre el Hijo y la Madre en el último momento de la vida de Aquél? Cuando el cielo enlutado no despide un rayo de luz sobre la escena del Gólgota; cuando el tropel de enemigos de Jesus empieza á sentir cierto temor en sus corazones por el homicidio que han perpetrado, cuyas circunstancias empiezan ya á calificarse de deicidio sacrílego; cuando no hay apénas en el mundo más que dos afectos nobles y dignos, el de la Madre que tiembla de pena, y el del Hijo que espira entre tomentos: hé aquí que este mismo Hijo, sin renunciar al cariño de su Madre, le da un destino nuevo, mandándola que en adelante todo hombre sea tenido por hijo suyo, y todo viviente racional pueda llamarla su Madre. *Mulier, ecce filius tuus: ecce Mater tua.*

Un nuevo órden de cosas empieza desde este momento en el mundo; los corazones humanos reciben un impulso sagrado, elevándolos Dios hasta sí mismo por lo que en ellos es lo más noble y lo más puro, que es el afecto maternal. Los hombres deberán amar á María como á su propia madre, y por ella escalarán los espacios para llegar á amar á Dios como á su hermano. Por su parte, María no podrá ménos de amar á los hombres, porque su maternidad divina empieza á ser tan fecunda, que despues de haber engendrado á Dios, va á engendrar tambien en un órden espiritual y sobrenatural á todos los hombres. ¿Qué amor ha de ser éste que María ha de profesar á los mortales? El mismo que tiene, á su Hijo, maternal, purísimo, desinteresado y heróico. ¿Qué encontrarán los hombres en esta nueva Madre? Quanto halló Jesus, y aún más todavía, porque Jesus no necesitó de María más que la naturaleza humana para morir en ella; pero los hombres tenemos necesidad de la gracia divina, que es el mismo Jesus, y ésta nos ha de venir por María.

De este modo se resuelve el gran problema de la maternidad divina; Dios no habia de ostentar la fuerza de su poder para reducir la pujanza de su brazo al corto período de treinta y cuatro años. En todo este tiempo ha llamado á María con el dulce nombre de Madre; ha recibido de Ella el cariño y los cuidados, el amparo y proteccion de que necesitaba en la humillacion á que se sometiera; pero así como no podia cesar la maternidad de María porque su Hijo es Dios, tampoco podian suspenderse ni por un instante los oficios de esta maternidad. Eran innecesarios para su Hijo natural, que estaba á punto de consumir la gran obra de reconciliacion; pero se harian indispensables para sus hermanos, que asumía y conquistaba para su gloria, dejándolos por algun tiempo en este valle de lágrimas, que no podrian atravesar sin la compañía amorosa de una Madre. Dios, por lo tanto, cede

á los hombres lo que es suyo, el corazón de su Madre, su afecto y su ternura, sus cuidados y solicitud. ¡Donación inmensa! ¡Patrimonio inestimable!

Y advirtamos que no es esto un simple consejo que Dios nos da, de cuya observancia depende nuestra perfección relativa; es un decreto irrevocable, que liga la salvación de cada uno de los hombres á la mediación del afecto maternal de María, y á la fé con que la invocamos. Nuestra predestinación, nuestra redención están fundadas, no como quiera en Dios, sino en el Dios humanado, en Jesús, que es el Hijo de Dios; pero este Hijo debió de humillarse á tomar carne humana, á nacer de una Virgen que se prestase libremente á darle su sangre, para que la derramase por nosotros. La obra de la Encarnación no es tan sólo el que el Hijo de Dios se haga hombre, sino que continúa en sus resultados materiales hasta que este Dios espira en el Gólgota, resucita glorioso, fecunda su Iglesia y sube triunfante á los cielos. Mas la obra más grande aún y los resultados formales de esta Encarnación, comprenden un círculo inmenso; todo hombre es santificado con esta redención, y traspasando los límites del tiempo, la eternidad presentará el bello y sublime cuadro de los rescatados de la muerte, que sin cesar entonarán el cántico de acción de gracias al Cordero de Dios, que los redimió con su sangre y los hizo reyes y sacerdotes para siempre. (*Apocalip.*)

Dios, como dice San Pablo, nos ha predestinado en su Hijo ántes de la constitución del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha; en Él, continúa el mismo, tenemos la redención por medio de su sangre. *In quo habemus redemptionem per sanguinem ejus.* (*Ephes.*, capítulo 1, v. 7.) Era, pues, necesario que el edificio siguiese la naturaleza del cimiento, y que por los mismos medios que las cosas tuvieran principio, llegasen á su fin. El principio de la Encarnación es la voluntad de Dios

que quiere anonadarse; pero este principio no se realizaría si María no dijese al ángel embajador que estaba dispuesta á cumplir en todo la voluntad divina; la sangre que nos merece la redención es de Dios, pero originariamente es de María, pues de ella se ha tomado; la víctima que espira en un madero es dueña de dar su vida y de tomarla, y se ofrece por su propia voluntad; pero este cuerpo y esta vida son dados por María, y Ella lo ha engendrado, Ella lo ha nutrido, Ella lo ha cuidado. De manera que María tiene una parte activa en los resultados materiales de la Encarnación del Hijo de Dios, y como verdaderamente interesada asiste á todas las escenas de su vida y de su muerte; era, por lo mismo, conveniente que tuviera también participación activa en los resultados formales de la vida y muerte de su Hijo, que eran la glorificación del hombre divino y la salvación de los hombres.

Podía Dios mandar que se la invocase y se la reconociese como Reina y Señora del mundo; pero como Él es todo amor, quiso tocar las fibras del corazón humano en lo más delicado y armonioso que tiene, en el amor maternal. Así manda á su Madre que lo sea de los hombres, y á éstos que se porten hácia Ella como hijos. *Ecce filius tuus; ecce mater tua.* ¿Qué consecuencia se desprende de este decreto divino? Que así como en el orden natural nadie puede nacer, ni robustecerse, ni ser varón perfecto sin la concomitancia de la madre, así en la regeneración espiritual ninguno puede salvarse ni blanquearse con la estola de la inocencia si no lo engendra, y lo nutre y lo cuida la Madre de Dios, porque es constituida por Él Madre de todos los hombres. Jesús muere, quedando sus discípulos dispersos unos, consternados otros, y desanimados todos; pero en su lugar queda su Madre, para que lo sea de los Apóstoles. Y en efecto: Ella recoge á los dispersos, consuela á los afligidos, for-

talece á los débiles, instruyéndolos, dirigiéndolos y animándolos. Pedro llora inconsolable por haber negado á su Maestro, y apénas se atreve á levantar sus ojos agobiados por la pusilanimidad. María lo llama como Madre, lo exhorta á la confianza del perdon. Titubean los Apóstoles en la fé de la resurreccion, y María los instruye en las Escrituras y los confirma en la verdad. Perseguidos por la sinagoga, presentados al Concilio, encarcelados y azotados, María los fortifica, los consuela, los dirige, para que se extienda la fé entre los gentiles y se conviertan los judíos: su ejemplo, que habian visto al lado de la Cruz, y sus palabras, siempre de vida y de salud, son la escuela del apostolado y de la Iglesia naciente.

Habia Dios previsto las necesidades de la Iglesia, y sabía que en nadie sino en su Madre encontraría el remedio: por eso al espirar no la llama Madre, sino Mujer, como si la dijera: hasta que Tú has venido al mundo, no ha habido en él una Mujer fuerte; sed, pues, ¡oh Madres! sed desde hoy esa Mujer fuerte y generosa que en mi lugar constituya la base, la columna y la piedra de mi Iglesia, para que la ciñás con tu fortaleza, y con tu constancia, oracion y consejo eluda las tentativas del enemigo, supere las asechanzas del mundo, y embote sus ataques; y que estos oficios maternales no sean del momento, sino que se perpetúen hasta la consumacion de los siglos. Contemplad, pues, si la Iglesia y los fieles tienen sobrada razon para invocar á María, llamándola Consoladora de los afligidos, refugio de los cristianos, salud de los enfermos, Torre de David, arca de la alianza, estrella de la mañana, puerta del cielo y Madre admirable.

Así vincula Dios los sentimientos humanos en un solo objeto; Dios, que nos ama con amor indefinible, nos demuestra su ternura por medio de su Hijo, descendiendo Éste hasta nuestros corazones por su Madre; y los hombres, atraídos por el afecto de tan amable criatura, se ele-

van por su amor al del Hijo, que en sus entrañas se hace nuestro hermano, y al del Padre que lo envía. Así se abre aquella edad de oro, en cuya época se levantarían en todo el mundo los nuevos hombres, que no vivirían sino para amarse recíprocamente y dar su vida por sus hermanos y por defender la verdad. Así se ven también satisfechos los deseos que exprimíó á su eterno Padre Jesucristo; pocos momentos ántes de entregarse á sus enemigos, le suplica que los que crean en Él sean una misma cosa, como es el Padre y el Hijo: *Ut omnes unum sint, sicut tu Pater in me et ego in te.* Dios y la humanidad no componen más que una gran familia, siendo adoptados todos los hombres en el Hijo natural y propio de este gran Padre, y en el cariño y solicitud de María, que al ser elevada á la dignidad de engendrar al Verbo divino en sus entrañas, es constituida Madre de cuantos crean en Él y sean lavados con su sangre. *Ut omnes unum sint, sicut tu Pater in me et ego in te.*

Séame permitido decir cuánta es la ternura de María hácia los hombres, ya que no puedo enumerar los beneficios que esta Madre ha dispensado á cada una de las generaciones. «Pase en silencio tu misericordia, dice San Bernardo (Serm. 4.º *De Assumption.*), si alguno hay que habiéndote invocado en sus necesidades no ha sentido tu proteccion y amparo. Pero ¿quién podrá investigar ¡oh bendita Madre! la longitud y latitud, y sublimidad y profundidad de tu misericordia? Porque la longitud se extiende hasta el último día del mundo; la latitud llena la redondez de la tierra y coge el ámbito de la tierra; la sublimidad toca hasta la Jerusalem celestial, cuya reclamacion se halla en Tí; y la profundidad penetra hasta el abismo, cuyos cavernosos senos quedaron vacíos, pues llegó la redencion á los que estaban sentados en tinieblas de muerte. Tú has llenado el cielo, Tú has despojado el infierno, Tú has renovado á la Sion

celestial.» Hasta aquí San Bernardo, que compendia en otra parte todo lo que María puede hacer por los hombres, con estas palabras: «De tus labios ¡oh Virgen! depende el consuelo de los miserables, la redencion de los cautivos, la redencion de todos los hijos de Adán, de todo tu linaje.» (Homilía 4.^a *Super Missus est.*)

Comprendamos, pues, esta verdad de interés tan trascendental: la armonía de las ideas del espíritu con los sentimientos del corazón humano se deja ver en la maternidad divina de María, en cuya alma deposita Dios todo su amor, de quien recibe una correspondencia perfecta, para que refleje todo directamente á cada uno de los hombres: de este modo se forman entre María y la masa entera de la humanidad esas relaciones que nacen del corazón agradecido á los favores recibidos: María no puede ménos de amarnos, porque es nuestra Madre; nosotros no podemos ménos de invocarla, porque en su seno hallamos cuanto necesitamos. Para esto Dios la ha revestido de un poder que podemos denominar inmenso é infinito, porque se extiende á toda criatura angélica, humana, sensible, material, celestial, terrena é infernal, mandando á unas como Señora, á otras como Reina, á otras como vencedora, y acariciando á una sola como Madre.

No os admireis cuando os hablemos del poder casi omnipotente de María; ántes que lo hayais oído de nuestros labios, lo han publicado los santos Doctores. «A María, dice San Bernardo, como al medio, como al arca de Dios, como á la causa de las cosas, como al centro de los siglos, miran los que viven en el cielo, los que habitan en el abismo, los que nos precedieron, los que vivimos, los que nos siguen y sus hijos, y los hijos que nacerán de ellos. Los que habitan en el cielo, para saciarse; los que en el abismo, para salir de él; los que precedieron, para ser fieles como los Profetas, y los que nos seguirán,

para ser glorificados. Por eso ¡oh Reina del cielo! te llaman bienaventurada todas las generaciones; en Tí ¡oh Señora del mundo! ¡oh Madre de Dios! hallan los ángeles la alegría, los justos gracia, y los pecadores misericordia. Justamente se dirigen á Tí los ojos de todas las criaturas, porque en Tí, por Tí y de Tí, la mano benigna del Omnipotente ha criado de nuevo cuanto habia salido de sus manos.» (Serm. 2.^o, *In die Pentecost.*)

Católicos, tenemos una deuda inmensa que satisfacer hácia el amor de María; por mucho que la amemos, nunca será ni tanto como Ella merece, ni tanto como debemos hacerlo. Entre tanto, esforcémonos por cumplir con exactitud los mandamientos de su Hijo, pues la prueba del amor son las obras. Un sentimiento de amistad no se aprecia entre los hombres por muchas protestaciones que se den de palabra, si llegando la ocasión no media algun signo exterior que lo acredite y confirme; la sociedad racional no acepta aquel afecto ensimismado y egoista que se converge siempre dentro del círculo de sí mismo, y llama amigo falso al que reduce su amistad á frases elegantes y rodeos floridos, que pasan, como el sonido del bronce, sin dar resultado de ninguna especie. Obras, no palabras, exigimos de los hombres; amor, no de palabras y de retórica, sino de obra y de verdad, prescribe el Discípulo amado. ¿Y no es este el amor que debemos á María? Ella se sacrificó toda entera por el bien de sus hijos; pasó una vida pobre, humilde y silenciosa, sin fausto, sin lujo, sin regalos, modesta, recatada y pura, para corresponder al amor infinito de su Hijo, que por redimirnos se humilló hasta la muerte. ¿Amamos nosotros así? ¡Ah! Es demasiado pública la superfluidad en el vestido, demasiado conocido el dilapidador lujo, que de un solo golpe destruye las familias y los capitales, y la modestia y recato, que debian de ser el ornamento del pueblo cristiano. Nos contentamos con prácticas exteriores, con asistir á algu-

nos ejercicios religiosos en honor de María; pero llevamos al templo toda la vanidad del siglo, las modas destructoras de nuestra antigua compostura, y algunas veces hasta el desacato y el impudor. No hay armonía entre nuestras creencias y nuestras obras, y por consiguiente, no podemos gloriarnos de corresponder como hijos al amor de tan santa Madre.

Por eso, amados míos, la impiedad se muestra tan audaz en ir poniendo una zapa al edificio del Catolicismo; hemos introducido entre nosotros el lujo del paganismo, nos hemos afeminado, nos hemos enervado entre los mullidos almohadones de una sensualidad asiática, y sin que nos cueste mucho esfuerzo, hemos pasado insensiblemente del sensualismo á la indiferencia, de ésta al abandono de las santas tradiciones, y de aquí irá precipitándose poco á poco la sociedad en el vertiginoso seno de la incredulidad. Para evitar tamaña desventura, volvamos nuestras miradas á nuestra Madre, imitemos sus virtudes; y en el retroceso al antiguo modo de vivir, que fuera austero, severo y cristiano, entreveremos el triunfo de la verdad, la derrota de la mentira, y se nos presentará en lontananza aquella feliz mansion desde donde María manda con imperio á los espíritus malos para que no nos dañen, envía sus ángeles para que nos favorezcan, y dice á su Hijo, más eficazmente que Esther á Asuero, que la conceda la gracia para su pueblo, objeto de su amor, en el tiempo y en la eternidad, que os deseo. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE EL

CONOCIMIENTO DE DIOS POR MEDIO DE MARÍA.

*Dominus ascendet super nubem levem
et ingredetur Ægyptum. Et cognoscetur
Dominus in Ægypto.*

El Señor subirá sobre una nube lijera,
y entrará en Egipto. Y conocido será el
Señor en Egipto.

(Isai., cap. xix, vers. 1 et 21.)

Hay un nombre que no puede articularse sin que sea como una armonía de dorada arpa, que, hendiendo súbitamente el espacio silencioso, produce en quien la oye de improviso una especie de éxtasis que eleva el alma á la region de lo bello y sublime de la creacion. Este nombre es María; María, la depurada emanacion de la Omnipotencia de Dios, el resúmen y compendio de todas las bellezas morales, el lienzo donde pinceló la sabiduría eterna todos los rasgos que hermosean el compuesto de la materia y del espíritu, y en cuyo conjunto resplandece un mundo entero, más perfecto que el mundo de las inteligencias angélicas; María, el centro de donde parten todas las obras divinas, como del disco solar salen todas las madejas de su luz; María, el gran quicial sobre que se mueve y gira la máquina de la regeneracion del hombre; María, ¡ah! la ligera nube que sirve de carroza al Rey inmortal de los siglos, para salir como la aurora entre rosadas nubes, alegrar al mundo, animar la naturaleza, y darse á conocer á los mortales.